



El P. José Del Rey Fajardo, S.J, y el estudio de la Orinoquia venezolana

Por Manuel Alberto Donís Ríos (Historiador e investigador del IIH UCAB)



El P. José del Rey Fajardo, S.J. (1934-2023) se caracterizó por ser un investigador constante, riguroso, disciplinado y prolífico, abarcando diversas líneas de investigación, pero en todo momento estudiando “la materia jesuítica y su implicación estrecha con el curso de la historia, lengua y cultura venezolana”¹.

Su tesis doctoral en Historia (Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, 1979) lleva por título La cultura jesuítica en la Orinoquia. Ya se ventilaba el tema al que dedicaría buena parte de su vida, al punto de convertirse en el historiador por excelencia de la Compañía de Jesús en la Venezuela Colonial, entendida como parte integrante de la Provincia jesuítica del Nuevo Reino de Granada.

Particular interés demostró por la obra del jesuita José Gumilla (1686-1750), misionero, historiador y lingüista, que realizó su labor en los llanos del Casanare y el Orinoco. Se puede afirmar que fue su principal biógrafo, dificultándose agregar algo más sobre el personaje. Recordemos que a Gumilla se debe el primer descubrimiento científico del Orinoco, plasmado en su obra El Orinoco Ilustrado, publicada en 1741, y nuevamente en 1745, bajo el título de El Orinoco Ilustrado y Defendido.

Refiere el P. del Rey cómo la expansión de la Compañía de Jesús se inició en el año 1625 en los llanos neogranadinos y pasó a Guayana en 1646, pero sólo fue en 1731 cuando se arraigó a orillas del Orinoco.

En el proceso de afianzamiento de las misiones jesuíticas en el Meta y el Orinoco jugó papel estelar el P. José Gumilla, S.J., quien se convirtió en el motor impulsor del cambio ocurrido en Guayana a partir de entonces. Gumilla, dentro de unas coordenadas predominantemente colonizadoras y militares, buscó un remedio radical para curar los males que afectaban la cuenca del Orinoco, considerando, con razón, que las llaves del corazón de Venezuela estaban en las bocas de nuestra gran arteria fluvial.

En el bajo Orinoco, la fortificación del río se convirtió casi en una obsesión de los jesuitas. Gumilla centró la defensa de la provincia de Guayana

1.- Academia Venezolana de la Lengua, Discurso de incorporación como Individuo de Número de D. José Del Rey Fajardo, S. J. Contestación de D. Francisco Javier Pérez, Caracas, 2015, 21.

en el sector de Santo Tomé, hacia la entrada del río, y creyó conseguirlo con el fuego cruzado de los cañones de los reductos por construirse, no tan atrás como muchos querían, en la isla Fajardo, sino en la desembocadura del Caroní. De esta forma, se lograría una defensa efectiva, con el menor gasto para la Corona, cubriendo las misiones capuchinas catalanas e impidiendo el paso de los extranjeros al interior de las provincias de Cumaná, Caracas y el Nuevo Reino de Granada.

A Gumilla, refiere el P. del Rey, le siguen los esfuerzos de sus compañeros de Orden en los territorios del Casanare, Meta y Orinoco. La labor geográfica y cartográfica realizada en el Orinoco por Matías de Tapia, Juan Capuel, Bernardo Rotella, Manuel Román, Agustín de Vega y Felipe Salvador Gilij, para sólo mencionar los más destacados, dieron a conocer por vez primera la estratégica provincia de Guayana desde un punto de vista científico.

Es el Orinoco visualizado como la arteria vital que daría vida a toda la unidad territorial de sus vertientes. Una nueva perspectiva económico-misionera cuyo centro de gravedad estaría en Santo Tomé de Guayana y en Trinidad.

Con este propósito, Gumilla contempló cuatro temas fundamentales: la promoción de la Orinoquia, el desarrollo del comercio y el fomento de una inmigración fructífera, el reclutamiento de misioneros y la solución al problema de las incursiones caribes. Se hizo una necesidad imperiosa poblar el curso bajo del Orinoco y, para lograrlo, se pensó en una inmigración seleccionada que debía asentarse inicialmente en la isla de Trinidad para luego rebasar “aquel vasto y despoblado terreno” de Guayana. Era necesario para ello un mestizaje revitalizador.

El padre Del Rey sostuvo que fue Gumilla quien más cuidadosamente trazó el difícil camino en este proceso de transformación y cristianización de los naturales. Éste se iniciaba con la reducción, seguía con la educación e incorporación a la vida civil y culminaba con la conversión².

2.- José Del Rey Fajardo, S. J., *Aportes para el estudio de cambios y permanencias en las misiones jesuíticas de la Orinoquia*. En: *La Misión y los Jesuitas en la América Española, 1566-1767: Cambios y Permanencias* (José J. Hernández Palomo y Rodrigo Moreno Jeria, coordinadores), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 2005, 145.

No fue tarea fácil, expresó en una de sus obras, pero dio sus frutos: “de modo que al paso que tardó el terreno en fomentar la semilla que ocultaba, a ese paso es después la abundancia del fruto en las Misiones de gentiles, y no fruto transeúnte, sino fijo y permanente. Porque, ¿qué otra cosa es fundar una colonia de mil familias, que estaba dispersas por aquellos bosques, que establecer una finca perpetua, que ha de fructificar el rédito de innumerables almas, así de párvulos, como de adultos (mediante la bondad de Dios) hasta el fin del mundo? La esperanza de este grande y permanente fruto alivia, y hace tolerable los muchos afanes que deben preceder antes de empezar a recogerlo”³.

Con anterioridad a Gumilla, el padre Manuel Román había buscado la expansión geográfica y etnológica consecuente al desarrollo misional iniciado en el Meta entre los Sáliva. Quería Román realizar el sueño de iniciar la obra misional en el Orinoco con esta pacífica nación indígena.

La conclusión de los planes de los jesuitas quedó marcada geográficamente en 1744, cuando el padre Bernardo Rotella, S.J., descubrió la comunicación fluvial entre el Orinoco y el Amazonas en el caño Casiquiare. Se produjo toda una revolución cartográfica cuando Rotella elaboró su mapa de la región Orinoco-Amazonas, ofreciendo una nueva visión del Orinoco, río que dejó de ser amazónico para hacerse guayanés y nacer, con todo su complejo fluvial interior, en la laguna Parima.

La figura del misionero fue fundamental en el proceso, y el éxito del proceso evangelizador dependió de la valoración que le dio a la identidad étnica y lingüística de los naturales. Al respeto al indígena. Con su proyección hacia el Orinoco, los jesuitas abrieron una nueva perspectiva económico-misionera que emplazaba el centro de gravedad misional en Santo Tomé de Guayana y en la isla de Trinidad, eliminándose la dependencia de Santa Fe de Bogotá. Con el aval y apoyo del obispo de Caracas, José Félix Valverde, los “hijos de San Ignacio” consiguieron verter hacia territorio venezolano el desarrollo misional y poblacional.

Sobre esta realidad, acrecentada por el éxito obtenido por las misiones capuchinas catalanas en Guayana, descansó la defensa de la Orinoquia durante el siglo XVIII.

3.- José Gumilla, S. I., *El Orinoco Ilustrado y Defendido, Segunda Edición, Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, vol. 68, Caracas, 1993, 238.*